

Título original:  
A LITERARY HISTORY OF SPAIN  
*Spain American Literature since Independence*  
Ernest Benn Ltd., Londres

Traducción de  
CARLOS PUJOL

7.ª edición revisada y puesta al día:  
junio 1987  
8.ª edición: febrero 1990  
9.ª edición: mayo 1993  
10.ª edición: julio 1996  
11.ª edición: febrero 1997

© 1973: Jean Franco, Stanford (California)

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:

© 1975, 1987 y 1997: Editorial Ariel, S. A.  
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-8315-7

Depósito legal: B. 10.313 - 1997

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

## ADVERTENCIA PRELIMINAR\*

*Toda historia es un compromiso entre propósitos difíciles y aun imposibles de conciliar. La presente no constituye una excepción. Hemos tratado principalmente de la literatura de creación e imaginación, procurando relacionarla con la sociedad en la que fue escrita y a la que iba destinada, pero sin subordinar la crítica a una sociología de amateur. Por supuesto, no es posible prestar la misma atención a todos los textos; y, así, nos hemos centrado en los autores y en las obras de mayor enjundia artística y superior relevancia para el lector de hoy. La consecuencia inevitable es que muchos escritores de interés, mas no de primer rango, se ven reducidos a un mero registro de nombres y fechas; los menores con frecuencia no se mencionan siquiera. Hemos aspirado a ofrecer una obra de consulta y referencia en forma manejable; pero nuestro primer empeño ha sido proporcionar una guía para la comprensión y apreciación directa de los frutos más valiosos de la literatura española.*

*Salvo en lo estrictamente necesario, no nos hemos impuesto unos criterios uniformes: nuestra historia presenta la misma variedad de enfoques y opiniones que cabe esperar de un buen departamento universitario de literatura, y confiamos en que esa variedad sea un estímulo para el lector. Todas y cada una de las secciones dedicadas a los diversos períodos toman en cuenta y se hacen cargo de los resultados de la investigación más reciente sobre la materia. Con todo, ello no significa que nos limitemos a dejar constancia de un gris panorama de ideas reveses. Por el contrario, cada colaborador ha elaborado su propia interpretación de las distintas cuestiones, en la medida en que podía apoyarla con buenos argumentos y sólida erudición.*

R. O. JONES

\* Esta advertencia preliminar constituye la presentación de R. O. Jones a la *Literary History of Spain*, de la cual formaba parte originalmente el libro de la profesora Jean Franco.

# ÍNDICE

Advertencia preliminar .....	7
Prefacio .....	11
Introducción: La imaginación colonizada .....	15
1. Independencia y literatura .....	33
1. Los primeros pasos, 33. — 2. La necesidad de normas, 46. — 3. Las lecciones de la poesía, 49. — 4. El ensayo didáctico: Juan Montalvo, 54.	
2. Civilización y barbarie .....	58
1. Esteban Echeverría, 60. — 2. Domingo Faustino Sarmiento, 65. — 3. José Mármol, 70. — 4. Lucio V. Mansilla, 73. — 5. José Hernández, 75.	
3. La herencia del romanticismo .....	80
1. La novela histórica y la «tradición», 81. — Los amores contrariados de la novela sentimental, 88. — 3. La poesía, 96.	
4. El realismo y el naturalismo hasta 1914 .....	102
1. Eugenio Cambaceres, 105. — 2. Alberto Blest Gana, 126. — 3. El realismo y el tema indígena, 109. — 4. Tomás Carrasquilla, 110.	
5. La tradición y el cambio: José Martí y Manuel González Prada .....	117
1. José Martí, 117. — 2. Manuel González Prada, 128.	
6. Los múltiples aspectos del modernismo .....	133
1. José Asunción Silva, 138. — 2. Julián del Casal, 141. — 3. Salvador Díaz Mirón, 145. — 4. Manuel Gutiérrez Nájera, 147. — 5. Rubén Darío, 149. — 6. Julio Herrera y Reissig, 160. — 7. Ricardo Jaimes Freyre, 163. — 8. Modernistas tardíos, 164. — 9. La prosa modernista, 174.	

7.	Realismo y regionalismo .....	120
	1. Mariano Azuela, 182. — Manuel Gálvez, 187. — 3. La herencia de la picaresca, 188. — 4. Martín Luis Guzmán, 190. — 5. José Rubén Romero, 191. — 6. Manuel Rojas, 193. — 7. El realismo y la lucha contra la naturaleza, 195. — 8. José Eustasio Rivera, 196. — 9. Horacio Quiroga, 198. — 10. La virtud de la naturaleza, 201. — 11. Ricardo Güiraldes, 202. — 12. Rómulo Gallegos, 205. — 13. El realismo documental y socialista, 208. — 14. La novela indianista, 212. — 15. El realismo psicológico, 217.	
8.	La poesía posterior al modernismo .....	221
	1. Primeros experimentos. Vicente Huidobro, 222. — 2. Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni, 225. — 3. Nicolás Guillén y la poesía caribeña, 229. — 4. Los poetas mexicanos, 233. — 5. César Vallejo y la poesía peruana, 247. — 6. Pablo Neruda, 256. — 7. Las dos vanguardias, 269.	
9.	La prosa contemporánea .....	282
	1. Macedonio Fernández y Roberto Arlt, 283. — 2. Jorge Luis Borges, 287. — 3. En busca de un alma, 293. — 4. Eduardo Mallea, 294. — 5. José Lezama Lima, 298. — 6. Lo real maravilloso, 300. — 7. Alejo Carpentier, 301. — 8. Miguel Ángel Asturias, 307. — 9. El realismo no es prosaico: Augusto Roa Bastos y José María Arguedas, 311. — 10. Una nueva estancia en el infierno: Comala, Macedonio y Santa María, 316. — 11. Juan Rulfo, 316. — 12. Juan Carlos Onetti y la novela uruguaya, 323. — 13. Gabriel García Márquez y la literatura colombiana, 329. — 14. Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, José Revueltas y la novela mexicana, 333. — 15. Mario Vargas Llosa y la novela peruana, 339. — 16. La novela en tela de juicio. Julio Cortázar, 344. — 17. Guillermo Cabrera Infante, 351. — 18. La novela en Centroamérica, 353. — 19. José Donoso y la novela chilena, 353. — 20. La realidad y la fantasía, 355. — 21. Ernesto Sabato, David Viñas y Manuel Puig: la novela contemporánea en Argentina, 356.	
10.	El teatro .....	365
	Índice alfabético .....	383

## PREFACIO

A cualquier lector familiarizado con las grandes literaturas occidentales puede extrañarle el modo de concebir este volumen dedicado a las letras de Hispanoamérica. En las historias de la literatura europea se dedica especial atención al pasado, a la España de los siglos de oro, a la Inglaterra isabelina o al período neoclásico francés. Por mucha importancia que se dé a la literatura moderna, ésta siempre se estudia dentro del contexto de las grandezas pretéritas. Sin embargo, la literatura de los que hoy en día se llaman países subdesarrollados obedece a esquemas distintos. África, el Caribe, la América latina pasaron por la experiencia de la colonización. La cultura escrita fue para ellos algo que les imponían los conquistadores europeos y se convirtió en el distintivo de una élite y en algo opuesto a la cultura oral de los siervos y los esclavos. Ésta es la causa de que determinadas polarizaciones que se encuentran en las literaturas europeas entre tradiciones populares y minoritarias aquí adquieran mayor intensidad y se repitan insistentemente. El abismo que separa a las culturas africanas, amerindias y afrocaribes, por un lado, y a las de origen europeo de las minorías, por otro, es tan profundo, que las divide de un modo muy tajante en ámbitos que se excluyen recíprocamente. La tradición literaria de origen europeo, con sus alternativas de atracción y de rechazo respecto a lo popular, se manifiesta en las antinomias de provincialismo y cosmopolitismo, barbarie y civilización, lo indígena y lo europeo. Este tipo de esquema obliga a estudiar la literatura hispanoamericana dentro del conjunto de las demás culturas del «tercer mundo».

El desarrollo histórico de estas culturas no admite comparación con el de Europa. Por motivos obvios la colonización crea una literatura que se orienta mucho más hacia la metrópoli que hacia su entorno local, que queda así marginado. Para sobresalir, un escritor ha de perder su identidad nacional con objeto de inmolarse a sí mismo a la tradición «universal» de la metrópoli. El mexicano Ruiz de Alarcón, que se hizo famoso como dramaturgo en la España del si-

glo XVII, es un buen ejemplo de ello. Pero en resumidas cuentas carece de gran importancia el que consideremos a Ruiz de Alarcón como español o mexicano. Lo importante es la inhibición en la que la situación colonial sitúa a escritores que no quieren o no pueden aceptar semejante inmolación. Existían además otros factores que dificultaban el libre desarrollo de la literatura en la América española, factores tales como los obstáculos que se oponían a escribir en las lenguas indias o a cultivar determinados géneros, la novela por ejemplo. Ésta es la razón de que el presente estudio empiece con la independencia y de que el período colonial se analice primordialmente a la luz de la evolución posterior. Por otra parte se consagra la máxima atención a la época contemporánea y a ciertos autores y textos representativos, dado que el actual es el período más importante de la literatura hispanoamericana.

El ensayo en cuanto género se ha omitido a pesar de su importancia. El plan de este libro no incluye la historia de las ideas, y los ensayos que se mencionan —el *Facundo* de Sarmiento, el *Ariel* de Rodó, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz— se incluyen teniendo en cuenta su influencia sobre la literatura de ficción. Un comentario detallado de la ensayística inevitablemente hubiera llevado este estudio hacia la esfera de la historia, la sociología y otras disciplinas conexas. Pero aunque se haya excluido el ensayo ello no significa que se haya prescindido de los esquemas míticos que tanto han pesado en la América latina. Tanto el mito del primitivismo como el de la «inmadurez» del continente americano —tan vinculado al primero— que Europa impuso a partir de la conquista, han influido profundamente en la manera como los habitantes de las Américas se han visto a sí mismos y, a la larga, en los esquemas míticos de sus literaturas. Latinoamérica era un ideal utópico, un estado inocente de bondad primitiva, pero también un El Dorado donde entrar a saco. Ser el protagonista pasivo de este mito equivalía a ser un niño inocente o un adolescente inmaduro al que había que proteger contra sí mismo. Las actitudes europeas respecto a Latinoamérica situaban al continente en un ciclo de frustraciones, condenándolo a aspirar siempre a algo que nunca alcanzaría. En literatura la frustración se refleja en esquemas de desesperación, en novelas circulares y cerradas. El presente estudio se propone explorar algunos de estos esquemas y centrar su atención en cuestiones de estilo y forma. Una breve lista de textos y estudios críticos acompaña cada capítulo, pero todos los estudiantes de literatura hispanoamericana pueden consultar con provecho las siguientes obras:

### Antologías

Además de las antologías que se citan en la lista de lecturas, hay varias grandes antologías publicadas en los Estados Unidos, por ejemplo:

- Anderson Imbert, Enrique, y Florit, Eugenio, *Literatura hispanoamericana*, Nueva York, 1960.  
Flores, Ángel, *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, Nueva York, 1959.

Hay también varias historias de la literatura de particular interés:

- Alegria, Fernando, *Historia de la novela hispanoamericana*, 3.ª ed., México, 1966.  
Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 vols., 3.ª ed., México, 1961.  
Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América hispana*, México, 1949.  
Torres-Rioseco, A., *La novela en la América hispana*, Berkeley, 1939.  
—, *La gran literatura iberoamericana*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1951.



el Consejo de Indias, establecido en 1524, y este organismo rendía cuentas directamente al rey y se reunía siempre en España. Los altos cargos de la jerarquía colonial española también eran oriundos de España, de modo que su identificación con los intereses de la madre patria estaba garantizada. Los criollos, es decir, los ciudadanos hispanoamericanos que habían nacido en América pero que tenían ascendencia española, sólo podían participar como miembros en las esferas inferiores, por ejemplo en los cabildos o consejos municipales.

Por otro lado, la Iglesia distaba mucho de identificarse tan unánimemente con los intereses peninsulares. La propiedad de grandes extensiones de tierras la hacía rica y poderosa, pero tenía también una tarea misionera que la llevaba a establecer estrechos contactos con los habitantes indígenas del Nuevo Mundo. Los misioneros aprendieron las lenguas de los indios, salvaron para la posteridad restos de las historias y las civilizaciones que habían existido en América antes de su llegada y mitigaron en muchos casos los abusos de que eran víctimas los indios.<sup>1</sup> La protesta del dominico fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566) contra el trato que se daba a los indios de Santo Domingo y Cuba en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) tuvo una gran resonancia (e indirectamente contribuyó a crear la leyenda negra de la crueldad de la España colonial). Las Casas defendió la causa de los indios en un famoso debate que tuvo lugar en Valladolid en 1550 y 1551, consiguiendo que se reconociera que los indios eran seres racionales y no esclavos naturales. Sostuvo por lo tanto que debían ser convertidos por procedimientos pacíficos y que no era lícito comprarlos ni venderlos.<sup>2</sup> En 1537 Las Casas se trasladó a la América central y allí, en Vera Paz (al norte de la actual Guatemala), contribuyó a fundar una comunidad experimental en la que los indios eran convertidos al catolicismo y luego se les enseñaban oficios manuales. Fue uno de los primeros entre muchos frailes paternalistas; también los jesuitas fundarían comunidades semejantes en sus misiones de Sudamérica.<sup>3</sup> Los mejor intencionados y los más activos de estos misioneros consideraban las Américas como la comunidad cristiana ideal en potencia, debido al

1. Tzvetan Todorov, *La conquista de América y la cuestión del otro*, Caracas, 1983.

2. La polémica se describe en L. Hanke, *Aristotle and the American Indians*, Londres, 1959; véase también del mismo autor, *Bartolomé de Las Casas. Bookman. Scholar. Propagandist*, Filadelfia, 1949.

3. Pierre-François-Xavier Charlevoix, *Histoire de Paraguay*, París, 1976. Una historia más reciente y legible de las misiones es la de R. B. Cunningham Graham, *A Vanished Arcadia. Being some account of the Jesuits in Paraguay 1607-1767*, ed. revisada, Nueva York, 1924.

hecho de que los indígenas no estaban aún contaminados por la mollicie europea y toda su secuela de vicios. El aspecto negativo del influjo de la Iglesia en Latinoamérica fue la extremada estrechez de criterios y las sanciones que recaían sobre los que se desviaban de la ortodoxia doctrinal más estricta. La censura y la Inquisición aparecieron muy pronto en el Nuevo Mundo, y la labor de esta última se orientaba primordialmente contra los que trataban de importar y leer libros prohibidos y contra los que se aferraban a los residuos de creencias precristianas.<sup>4</sup>

En un principio la vida económica de la colonia se basó en la explotación de las minas de plata y oro; más tarde se establecieron grandes propiedades o haciendas en las que trabajaba un peonaje sometido a una mentalidad de carácter semifeudal. Sin embargo, los progresos de la agricultura fueron frenados por la política monopolística de España, que durante mucho tiempo sólo permitió el comercio de determinadas mercancías y únicamente entre los puertos de Sevilla y Cádiz en la península y Veracruz, Cartagena y Porto Bello en el Nuevo Mundo.

Aunque este control monopolista español de sus colonias no era fundamentalmente distinto del que ejercían otras potencias coloniales, tal vez se ejercía de un modo más rígido. Más adelante hubo también unas restricciones similares por lo que respecta a la vida cultural y espiritual de las colonias, cuyo aislamiento de las principales corrientes del pensamiento europeo se agravó así. Conviene recordar que la cultura española, muy brillante a fines del siglo XVI y a comienzos del XVII, fue empobreciéndose y haciéndose cada vez más provinciana. Y cuando se transmitía a las colonias era poco más que un pálido reflejo de una cultura marginal.

Los intelectuales hispanoamericanos eran o clérigos y misioneros o los hijos de propietarios rurales y empleados públicos; la educación de unos y otros había corrido a cargo de la Iglesia. Su tradición literaria era clásica y española. Pensaban en términos de categorías literarias clásicas —la oda, la epopeya, la elegía—, o de formas difundidas en España, tales como el soneto, la canción tradicional y el romance, la comedia o el drama religioso (el «auto»). Los temas también tendían a ser los convencionales: el idilio pastoril, el poema de amor, el soneto religioso. Pero ¿por qué estas obras literarias eran

4. La obra *Books of the Brave*, traducida con el título de *Los libros del Conquistador*, México, 1953, de I. A. Leonard, trata de la importación de libros y de los medios empleados para burlar la censura y las prohibiciones.

tan a menudo carentes de vida y faltas de inspiración? ¿Acaso en la América española escaseaban los talentos? Desde luego es bien sabido que los conquistadores no eran escritores ni intelectuales, sino hombres de acción, pero muchos de los primeros pobladores sí cultivaban la literatura. Muchos escritores españoles emigraron al Nuevo Mundo, entre ellos Gutierre de Cetina (1520 o 1522-1557), el dramaturgo González de Eslava (1534?-1601?) y el novelista Mateo Alemán (1547-después de 1613). Es decir, que no faltaban hombres de talento. Pero en una sociedad colonizada no siempre es fácil que el talento pueda expresarse. La imaginación está también colonizada, es decir, no puede nutrirse de la experiencia inmediata, sino que tiende a vivir parasitariamente de los derivados de la sociedad metropolitana. No obstante, incluso en una cultura colonizada, la realidad no puede acallarse por completo. Y aunque los escritores españoles y los ya nacidos en América pero de origen español hicieron grandes esfuerzos para encajar esta realidad dentro de las categorías que les eran familiares, las circunstancias les obligaron a menudo a seguir otros caminos.

Tal vez lo que ilustra con mayor claridad esta situación es el hecho de que los materiales novelísticos potenciales tendían a ser desviados por otros conductos. El Nuevo Mundo no podía importar ni publicar novelas, ya que los indios debían ser preservados de una literatura de ficción que podía hacerles concebir dudas acerca de las verdades religiosas.<sup>5</sup> De ahí que anécdotas picantes que hubieran podido dar origen a una novela picaresca o a un volumen de cuentos al estilo de Boccaccio, se presentaron como formando parte de una crónica histórica. Así, por ejemplo, se escribieron libros como *El carnero* (1636), del colombiano Juan Rodríguez Freile (1566-1640?), quien afirmaba hacer la crónica histórica de la época inmediatamente posterior a la conquista, cuando en realidad se limitaba a contar sucesos escandalosos.

Por eso la novela apenas existió en la América colonial. El teatro, que era el más popular de los géneros literarios de la España del siglo XVII, en las Américas se dedicaba casi exclusivamente a tratar temas religiosos y era empleado como un medio de adoctrinamiento. Aunque también se representaban algunas obras de tema profano, es significativo que el mejor de los dramaturgos americanos, Ruiz de Alarcón, se hiciera famoso en España y viviera en este país durante la mayor parte de su vida de adulto. La poesía, con menos restric-

5. *Ibid.*

ciones por parte de la censura y de las exigencias del público, fue el género más floreciente. Juan de Castellanos (1522-1627) en Nueva Granada, Bernardo de Balbuena (1568-1627) en México y Francisco Terrazas (1525?-1600?), también de México, son figuras representativas de ese tipo de poetas, hábiles pero menores, en tal período. Bernardo de Balbuena escribió poesía pastoril imitando a Teócrito y a Virgilio; compuso un poema épico, *Bernardo* (1624) a imitación de Ariosto, y otro poema, *La grandeza mexicana* (1604), en el que cantaba la gloria del imperio español en el que nunca se ponía el sol. Sin duda alguna en estos versos no hay ni el menor atisbo de la idea de que la naturaleza virgen y el buen salvaje sean superiores a la civilización. La gloria de España consiste en haber llevado sus instituciones y su pompa al Nuevo Mundo:

Y admírase el teatro de Fortuna  
pues no ha cien años que miraba en esto  
chozas humildes, lamas y laguna;  
y sin quedar terrón antiguo enhiesto,  
de su primer cimiento renovada  
esta grandeza y maravilla ha puesto.

Escribir poesía lírica fue la más habitual de las actividades cortesanas a lo largo de todo el período colonial. Escribir una epopeya equivalía a hacer una reivindicación. Pero la más sobresaliente de las epopeyas americanas no la escribió un criollo, sino un español, Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), cuyo poema *La Araucana* (publicado en tres partes en 1569, 1578 y 1589) se compuso durante la larga guerra contra los indios araucanos de Chile. Quizá para realzar el valor de los españoles, Ercilla destacó la fuerza, el valor y la nobleza de sus oponentes indios. Por ejemplo, en su descripción de Caupolicán, el joven jefe de los indios que es aclamado como caudillo después de haber sufrido una prueba, tema que más tarde utilizaría el poeta modernista Rubén Darío.<sup>6</sup>

Era este noble mozo de alto hecho,  
varón de autoridad, grave y severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero y riguroso, justiciero;  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
sabio, astuto, sagaz, determinado,  
y en casos de repente reportado.

6. «Caupolicán» se publicó en la edición de 1890 del *Azul* de Rubén Darío.

En otras palabras, tiene todas las virtudes del mejor español. En el período romántico *La Araucana* fue conocida en traducción por Southey e inspiró poemas europeos sobre el tema del «buen salvaje»; pero ya antes había dado origen también a imitaciones latinoamericanas, de entre las cuales la más conocida es *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña (1570-1643?), nacido ya en Chile. Pero la tendencia de *La Araucana*, así como la elevación de su estilo y su desenlace —la conversión de Caupolicán al cristianismo antes de su muerte— demuestran que Ercilla, como Balbuena, se proponía celebrar los triunfos de España más que justificar a los indios.

No obstante, exceptuando *La Araucana* y sus imitaciones, el enfrentamiento del antiguo mundo con el nuevo y los mitos y leyendas que surgieron como resultado de la lucha, no iban a expresarse en los géneros literarios al uso. La epopeya de la conquista se compuso en otras formas: en los diarios de navegación, en los relatos de descubrimientos, en cartas, crónicas e historias, incluso en controversias.

Los *Diarios de navegación* de Colón, las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, textos llenos de ingenuidad y carentes de toda intención artística, describen un salto en lo desconocido de proporciones vertiginosas. Libros como éstos fundan los esquemas mítico-poéticos de la literatura latinoamericana, en la cual iban a predominar los temas del viaje y de la búsqueda. Los conquistadores se convirtieron en héroes legendarios. Cortés en México y Pizarro en Perú se enfrentaron con fuerzas numéricamente superiores y con inmensos peligros naturales, y de ahí que adquirieran como una aureola mágica. En la más famosa de las crónicas de la conquista, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), de Bernal Díaz del Castillo (1492-1581?), soldado de las tropas de Cortés, cada acción y cada hecho es un arquetipo, el molde original de un mito americano. Aquí encontramos a doña Marina, a quien los indios llamaban Malinche, que actuaba de guía e intérprete, y que fue amante de Cortés.

Hoy en día es el símbolo de los indios traidores que ayudan a los españoles. Aquí encontramos a Moctezuma, tratando en vano de comprar a los españoles con oro y sin conseguir más que despertar su codicia; y, con Díaz del Castillo, nos asomamos por vez primera a una civilización tan fabulosa que sólo puede compararse a la materia de los libros de caballerías:

nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cuevas<sup>7</sup> y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente; ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.

«Cosas nunca oídas ni aun soñadas» llenan estos relatos de la conquista. Nunca un grupo de hombres fue tan consciente de estar haciendo historia e incluso más que historia. Hechos como la muerte de Moctezuma y la de su sobrino Cuauhtémoc en México, la traición y muerte de Atahualpa en Perú, iban a convertirse en el origen de leyendas y de una literatura casi tan fecunda como las guerras de Troya. Y aún antes de que se incorporaran a la mitología de América, sirvieron como tema a innumerables obras dramáticas y narrativas de la Europa de los siglos XVII y XVIII.<sup>8</sup>

Estos cronistas del siglo XVI —hombres como Bernal Díaz del Castillo; Pedro Cieza de León (1519 o 1522-1560), que escribió acerca de la conquista del Perú; Agustín de Zárate (?-después de 1560), autor de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555); Gonzalo Jiménez de Quesada (1499-1579), cronista del descubrimiento y conquista de Nueva Granada; fray Gaspar de Carvajal (1504-1584), el primero que describió el Amazonas; Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (1490?-1559), autor de los *Naufragios y comentarios*—, y los testimonios y crónicas escritos desde el punto de vista de los vencidos, ofrecieron una visión imaginativa del Nuevo Mundo y cada cual a su manera aportó su testimonio sobre un enfrentamiento de razas y culturas que hasta entonces había carecido de precedentes.<sup>9</sup>

Hubo sin embargo un escritor del siglo XVI que dramatizó en su vida y en sus escritos los elementos conflictivos —indígenas e hispánicos— que iban a dar forma a la América española. Este hombre fue el «Inca» Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo de una noble inca y de un conquistador español, y autor de los *Comentarios reales*, inapreciable y emotivo documento del imperio inca de América del Sur.

7. Cúes equivale a templo. La palabra es de origen caribe según Acosta, citado por R. H. Humphreys, *Tradition and Revolt*, Londres, 1965.

8. H. N. Faichild, *The Noble Savage. A Study in Romantic Naturalism*, Nueva York, 1928. G. Chinard, *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII<sup>e</sup> et au XVIII<sup>e</sup> siècles*, París, 1913.

9. Para las actitudes europeas respecto a los no europeos, véase E. H. P. Baudet, *Paradise on Earth. Some thoughts on European images of non-European man*, New Haven y Londres, 1965.

En 1560 del Inca abandonó su Cuzco natal para trasladarse a España, donde gozó de la protección de su familia paterna. Los últimos veinte años de su vida transcurrieron en Córdoba. En muchos aspectos fue el típico hombre de letras del siglo XVI, y una de sus obras más importantes fue la traducción al español de los *Dialoghi d'amore* del neoplatónico León Hebreo. En 1606 publicó *La Florida del Inca*, una relación de las aventuras de Hernando de Soto, descubridor de Florida, y una de las primeras descripciones imaginativas del Nuevo Mundo. Pero fueron sus *Comentarios reales que tratan del origen de los incas*, aparecidos en 1609 (una segunda parte, con el título de *Historia general del Perú*, se publicó póstumamente en 1617), los que le proporcionaron fama en toda Europa, sirviendo de punto de partida para dramas, novelas y obras de todo género sobre el tema del buen salvaje.<sup>10</sup>

Los *Comentarios reales* describen las costumbres, el trato, la organización social y política, la vida intelectual y los acontecimientos históricos del régimen inca. Inestimable testimonio acerca de la cultura inca, incluye transcripciones de cantos y plegarias que de otro modo se hubieran perdido. El Inca era un historiador concienzudo, y en las primeras páginas de su libro nos refiere lo difícil que le fue llegar a adquirir unos conocimientos tan especializados acerca del tema.

Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré, diciendo que las vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes; porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los discípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres.

El propósito fundamental del Inca era de carácter justificativo, quería demostrar que el imperio inca podía compararse con los de Grecia y Roma, y que su religión no estaba muy lejos del monoteísmo, y que por lo tanto estaba madura para la fe cristiana. Aunque juzgaba la civilización de la raza de su madre desde el punto de vista de un hombre que ha adquirido la visión superior de la cris-

<sup>10</sup> Faisthild, op. cit.

tiandad occidental, las circunstancias le obligaron a adoptar criterios más amplios que muchos de sus contemporáneos. Rechazó el latín en favor de la lengua española cuando se trataba de traducir la poesía quechua y no tuvo el menor reparo en declarar su ignorancia por lo que respecta a la lengua clásica:

Para los que no entienden indio ni latín, me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche, que no a la ajena latina, porque lo poco que de ella sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras.

Queda así claro que se dirige a un público más numeroso que el de tipo académico y que está muy interesado por insistir en el esplendor y las realizaciones de una civilización peruana indígena que todos los europeos parecían demasiado propensos a condenar como pagana y bárbara.

Inadvertidamente contribuyó a inclinar la balanza en otra dirección promoviendo el mito del buen salvaje. Por ejemplo, la conocida novela de Jean-François Marmontel *Les Incas* (1777), basada en gran parte en el texto de Garcilaso, nos presenta a unos indios nobles y desinteresados, aunque a veces víctimas de extravíos, que están a la merced de los codiciosos españoles. Pero dejando de lado su repercusión en épocas posteriores, la obra del Inca representa en la literatura la aparición de un tipo humano completamente nuevo, el del mestizo, el hombre en cuya sangre se mezclan la europea y la americana.

Una vez terminada la conquista, la tarea intelectual no podía limitarse simplemente a describir, sino que había también que encajar la variedad y la peculiaridad del Nuevo Mundo en formas aceptables y reconocibles. Por este motivo Garcilaso nunca permite al lector olvidar que las costumbres que está describiendo son semejantes a las costumbres de Grecia y Roma. Así, al tratar de la actitud de los incas respecto a los rayos y truenos, afirma: «Lo mismo sintieron dello que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y armas de su dios Júpiter». Lo que el Inca llevó a cabo intuitivamente, otros lo continuaron por vía científica. La tentativa más ambiciosa de acomodar la nueva materia americana a los conocimientos tradicionales estuvo a cargo del jesuita padre José de Acosta (1539-1600), autor de la *Historia natural y moral de las Indias*. El padre Acosta vivió en la provincia del Perú desde 1570, el año de

su llegada al Nuevo Mundo, y visitó México antes de su regreso a España en 1587. Hombre de conocimientos muy diversos, muy versado en la literatura clásica, poseía una insaciable curiosidad y se dedicaba al minucioso estudio de las ciencias positivas. Pero por encima de todo le preocupaba el problema de acomodar su experiencia en el Nuevo Mundo a la enseñanza de los antiguos, con la que le había familiarizado su formación jesuítica. Como Garcilaso, insiste también en su conocimiento directo del continente que describe, apoyándose no en teorías, como hacían muchos de sus contemporáneos, sino en escrupulosas observaciones y en deducciones fundadas en el sentido común. Así, por ejemplo, dice que los antiguos no habían descubierto las Américas debido a que carecían de piedra imán, por lo que el viaje no hubiese sido posible para ellos. Supone también que los indios americanos debían de haber llegado a América atravesando el estrecho de Bering. Una y otra vez se ve obligado a desmentir a Aristóteles, quien, por ejemplo, había sostenido que la «zona tórrida» próxima al ecuador no era habitable, cuando el padre Acosta sabía por propia experiencia que era «cómoda, placentera y agradable». Este hombre honrado y razonable también realzó la dignidad de los habitantes indígenas de las Américas. Se negó a considerarlos salvajes, argumentando que tenían un gobierno y una civilización que, de haber sido conocidos, hubiesen sido tan apreciados como los de los antiguos. Deploró la codicia y la precipitación de los conquistadores que habían dado muerte a hombres a los que no podían entender y a los que trataban como animales:

como sin saber de esto entramos por la espalda sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo. Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzado sus secretos, su estilo y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que hubiese tanto orden y razón entre ellos.

El padre Acosta aconseja el estudio de la cultura india, aunque sólo fuese por motivos políticos:

Que demás de ser agravio y sinrazón que se les hace, es en gran daño por tenernos aborrecidos como a hombres que en todo, así en lo bueno como en lo malo, somos y hemos sido siempre contrarios.

La *Historia natural* constituye una completa revisión de los conocimientos referentes al Nuevo Mundo y un replanteamiento de las

obras de los antiguos a la luz de estos conocimientos. Leyendo la obra de Acosta podemos apreciar la gran conmoción que provocó en las estructuras intelectuales europeas el descubrimiento de América. No obstante, la simpatía que muestra por los indios y su cultura no fue en modo alguno un caso aislado, ya que los jesuitas se identificaron a menudo con sus conversos, y durante los años de su actividad misionera en las Américas llegaron a ser verdaderos apolo-gistas de los indios. Hasta el punto de que, al menos en parte, gracias a sus escritos llegó Rousseau a concebir la idea del hombre natural.

El conflicto con la cultura de la metrópoli no fue tan sólo una experiencia propia de los misioneros, sino que también participaron en ella todos los que tuvieron algo que ver con la labor intelectual. Nadie acusó las contradicciones de un modo más agudo que la mayor figura literaria del período colonial, la monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). Su posición era aún más difícil por el hecho de ser una mujer y tener por lo tanto menos caminos que elegir. De hecho sólo tenía dos posibilidades efectivas, el matrimonio o la vida religiosa. A una edad muy temprana, y después de un breve período de servicio en la corte virreinal de México, tomó el velo por razones que explicó en una carta conocida por *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1691):

Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.

Su entrada en el convento no significó para ella la tranquilidad definitiva. En el curso de su vida las exigencias de una inquieta inteligencia le empujaron a expresar sus conflictos valiéndose de toda clase de formas literarias: en poesía, componía romances, redondillas, liras, silvas, villancicos y obras de carácter filosófico, como *El sueño* (referido como *Primero Sueño*); en el teatro, escribía sainetes, loas, autos y comedias profanas; y en polémicas religiosas y escritos en prosa.

Como poeta, era más intelectual que lírica. Sus poemas suelen

ser de tipo discursivo, y demuestra estar muy preocupada por la extensión y limitaciones del conocimiento intelectual. Uno de sus romances, por ejemplo, lleva por título «Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil aun para saber y nociva para vivir». El romance termina con los siguientes versos:

Aprendamos a ignorar,  
Pensamiento, pues hallamos  
Que cuanto añadido al discurso,  
Tanto le usurpo a los años.

Sentimiento que parece estar en contradicción con el apasionado amor que sentía por las ciencias. Su visión racional se extiende a sus emociones, como muestran los títulos de algunos de sus romances y redondillas. Por ejemplo, en uno de sus poemas sintetiza el tema de este modo: «En que describe racionalmente los efectos irracionales del amor»; y en otro: «Que resuelve con ingenuidad sobre problema entre las instancias de la obligación y del afecto». La pugna entre la razón y el irracionalismo es uno de sus temas predilectos, que a menudo se plasma en un ingenioso juego de contradicciones:

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión,  
una esclava a la pasión  
y otra a la razón medida.

En otros poemas la contradicción se expresa como una disputa entre enamorados que riñen o entre rivales por amor, entre Fabio y Silvio, o Feliciano y Lisardo.

Uno de los poemas más ambiciosos de sor Juana, *El sueño*, ilustra tanto su genio como sus limitaciones. Aunque el poema se presenta como una imitación de Góngora, la autora carece de la sensualidad y de la fuerza plástica del poeta español. La suya es una actitud intelectual. En la descripción que hace el poema del alma sumida en el sueño, el poeta ve el sueño más como un fenómeno físico que como algo que da acceso a un mundo misterioso e irracional.

El cuerpo siendo, en sosegada calma,  
un cadáver con alma,  
muerto a la vida y a la muerte vivo,  
de lo segundo dando tardas señas  
el del reloj humano

vital volante que, si no con mano,  
con arterial concierto, unas pequeñas  
muestras, pulsando, manifiesta lento  
de su bien regulado movimiento.

Sor Juana elige palabras como «reloj», «arterial», «volante», por su exactitud, y tal vez haya más ciencia que poesía en su descripción de la perfecta maquinaria de reloj del cuerpo humano. Maravilla el ingenioso modo en que sor Juana consiguió dedicarse a las cuestiones intelectuales que le interesaban a pesar de lo limitado de las posibilidades que se abrían ante ella.

Fue por otra parte una prolífica dramaturga, aunque nunca fue más allá de las convenciones del teatro español de su época. Pero escribió comedias de enredo, como *Los empeños de una casa*, muy aguda e ingeniosa, y autos como *El divino Narciso*, una deliciosa obra de tipo pastoril en la que se personifica la naturaleza humana en su búsqueda de la salvación.

Un gran amigo de sor Juana, que compartía con ella su curiosidad intelectual, fue el polígrafo Carlos Sigüenza y Góngora (1645-1700), cuyos escritos abarcan los campos más diversos, la antropología, la historia, las matemáticas, la astronomía, el periodismo de su tiempo y la poesía. Aunque tuvo más oportunidades que sor Juana para cultivar las ciencias, sufría también la inhibición de vivir en una sociedad colonial, lejos de los centros de enseñanza más adelantados, y su destino fue el de ser una especie de Newton mudo y sin gloria. Después de recibir la formación propia de un jesuita, abandonó la orden y ocupó una cátedra de matemáticas, pero a diferencia de sus contemporáneos, los científicos ingleses, cuya obra teórica no se llevaba a cabo en el vacío, Sigüenza y Góngora tuvo que trabajar casi solo. Para el historiador de la literatura su principal interés estriba, más que en su obra poética, en que fue el primer novelista mexicano, autor de *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690).

Sor Juana Inés de la Cruz, y Sigüenza y Góngora son ejemplos de escritores cuya imaginación estaba encadenada por un ambiente provinciano que les ofrecía horizontes muy pequeños para su talento. No sólo vivieron en lugares alejados de España, sino que dependían además de una metrópoli cuya vida intelectual ya se había quedado rezagada respecto de la de los otros países europeos. Sin embargo, también hubo aspectos positivos de la sociedad colonial de los que se beneficiaron. Sin duda alguna el convento ofrecía el tipo de protección y de justificación que sor Juana necesitaba para su vida soli-

taria, y debía de haber otras mujeres en situaciones semejantes. En Colombia, por ejemplo, había una excelente poetisa lírica, la venerable madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1671-1742), quien, aunque menos intelectual que la monja mexicana, mostró grandes dotes líricas en su poesía religiosa.

El otro virreinato, que tenía la capital en Lima, el del Perú, parecía aún más alejado que México de las novedades intelectuales, aunque conoció períodos en los que la corte virreinal tuvo gran pompa y brillantez. Sin embargo, en comparación con México, su conservadurismo era mayor. La poesía satírica de Juan del Valle Caviedes (1652?-1692) fustiga a los presuntuosos doctores de clase media. Al abrigo de su convento, Diego de Hojeda (1571-1615) escribió su epopeya cristiana, *La Christiada* (publicada en 1611), que empieza con la última cena y termina con la crucifixión. A menudo los escritores de Lima se hicieron más famosos por sus excelentes imitaciones que por su originalidad. Juan de Espinosa Medrano, «El Lunarejo» (1632-1688), escribió prosa culterana y publicó un *Apologetico en favor de don Luis de Góngora*. Y una de las grandes figuras de la Lima colonial, Pedro de Peralta Barnuevo (1663-1743) adoptó una actitud mucho más defensiva ante las nuevas ideas que sus equivalentes mexicanos. Hoy en día se le recuerda sobre todo por su epopeya *Lima fundada* (1732), aunque también cultivó el teatro.

El estilo del período colonial suele calificarse sumariamente de «barroco» porque tanto en las artes plásticas como en la literatura hubo una clara tendencia a la inventiva formal. Sin embargo, el uso de este término contribuye a oscurecer algunas de las diferencias más interesantes que se produjeron entre la vida intelectual de diversos centros durante el período de la colonia. ¿Por qué, por ejemplo, México da más pensadores heterodoxos que el Perú? Hombres como fray Servando Teresa de Mier (1765-1827), que incluso negaba a España la gloria de haber llevado el cristianismo al Nuevo Mundo. Ésta es una zona de estudios comparativos todavía muy descuidada. Incluso en el estado relativamente superficial de nuestros conocimientos actuales acerca del período colonial, hay contrastes fascinantes entre México y Perú.

El abuso de la ornamentación barroca en las iglesias de la América española se atribuye con frecuencia al influjo de los artesanos indios. Sin embargo, en literatura los escritores mestizos o indios son demasiado escasos para que pueda pensarse en esta explicación, aunque tanto en México como en Perú la raza indígena sometida nunca pudo excluirse de un modo absoluto de la cultura. Garcilaso y El

Lunarejo fueron mestizos. En el Perú el quechua siguió hablándose y hubo una ininterrumpida tradición poética en esta lengua.<sup>11</sup> Testimonio del vigor de la cultura quechua es, además de los poemas recogidos por los eruditos modernos, la supervivencia de un curioso drama híbrido, *Ollantay*, cuya estructura es española, pero que está escrito en quechua.

En Hispanoamérica, a lo largo de todo el período colonial hubo unas fuerzas activas que minaron o entraron en conflicto con la cultura importada. La mezcla de razas, el aislamiento de las zonas rurales, las diferentes formas de vida y de estructura social —la del gaucho, por ejemplo— que estaban determinadas por la naturaleza del entorno, la concentración de las minorías ilustradas en enclaves urbanos dispersos, todos estos factores contribuyeron a la creación de dos culturas y a la pervivencia de estas dos culturas hasta nuestros días. La cultura urbana, especialmente en los centros de mayor importancia, miraba hacia Europa; sus contactos con Europa eran tan intensos, si no más, que los que mantenía con los territorios circundantes. En el campo perduraban estructuras sociales más antiguas: la hacienda feudal, la tribu nómada, la comunidad jesuítica, el *ayllu* o colectividad que tenía sus orígenes en la sociedad inca precolombina, el cacique o jefe local que podía levantar un ejército de seguidores siempre que lo juzgase necesario. Estas organizaciones primitivas coexistían con las estructuras impuestas por la Corona y el Consejo de Indias, y no fueron suprimidas mientras no se opusieron a los intereses del imperio. Y en estas zonas la literatura tendía a ser tan arcaica como las estructuras sociales. La literatura era de tipo oral, tanto si adoptaba la forma de los romances gauchos, de las canciones de plantación o de los cuentos populares. A fines del siglo XIX, en un ensayo titulado «Nuestra América»,<sup>12</sup> José Martí analizó estas dos culturas, la del hombre natural y la del «libro importado», insistiendo en que la minoría intelectual debía guiarse por la primera más que por la segunda. Incluso hoy en día persiste un abismo entre ambas. El imperio español dejó una huella indeleble, tanto en el aspecto físico del continente, en sus ciudades y en sus edificios, como en su literatura. La lengua y la tradición españolas fueron los cimientos de la literatura hispanoamericana, pero la asimilación de la expe-

11. Ejemplos de poesía quechua pueden encontrarse en J. M. Arguedas, *Poesía quechua*. Buenos Aires, 1966.

12. «Nuestra América» figura en la antología de las obras de Martí preparada por J. Torres Bodet, *Nuestra América*, México, 1945.

riencia americana y su transmutación en arte fue una tarea mucho más difícil de lo que pareció en un principio. A partir del movimiento independentista observaremos lo dura que fue la lucha del escritor para liberarse a sí mismo de su imaginación colonizada y lo urgente que era la búsqueda de la autenticidad. Este afán nos explica, al menos en parte, la importancia del ensayo. «Nuestra América» de Martí, el *Facundo* de Sarmiento, los ensayos de Alfonso Reyes y de Octavio Paz en el México del siglo XX, o de Ezequiel Martínez Estrada en la Argentina, representan diversas etapas de esta larga pugna por conseguir una identidad que los traumas de la conquista y de la colonización hicieron inevitable.

La dependencia cultural no era tan sólo una cuestión de influencias, ya fuesen españolas o francesas. La dependencia se reflejó también en las estructuras míticas de la literatura hispanoamericana. Meta de la búsqueda de El Dorado, la América latina fue el objeto de la expansión europea. Lo que Europa veía como un horizonte sin límites era para la América española el círculo cerrado. Porque ellos no tenían adonde ir. De ahí que aunque el esquema del viaje se convierta en una de las estructuras más frecuentes de la literatura hispanoamericana, el viaje tiende a ser circular o frustrado. En los países dependientes el avance se interrumpe, lo que parece lineal no lo es, existe una tendencia a mirar hacia atrás y a tratar de encontrar la autenticidad en una edad de oro del pasado. En este aspecto el mito del indio iba a representar una función importante. Aunque su cultura sólo había sobrevivido fragmentariamente y había sido destruida, en zonas apartadas existía aún una considerable pervivencia de lenguas y creencias que a menudo la propia Iglesia se había encargado de alentar. Fue el franciscano Bernardino de Sahagún (1500-1590) quien salvó del olvido gran parte de los conocimientos de los indios en su monumental *Historia general de las cosas de la Nueva España*; fue un clérigo, el padre Ximénez, quien tradujo y transmitió a la posteridad la biblia maya, el *Popol Vuh*. A partir de residuos como éstos, que se habían conservado de un modo accidental, los escritores posteriores a la independencia iban a crear nostalgias de esa otra cultura «inocente», incontaminada por la conquista. El viaje frustrado, la edad de oro de los indios, el mito de El Dorado, fueron mitos creados en el período colonial que iban a sobrevivir largo tiempo a la independencia. El estudio de estos grandes patrones estructurales nos permitirá a menudo observar cómo los restos de la literatura europea se incorporaron a los nuevos productos de la literatura hispanoamericana.

## LECTURAS

Este capítulo no es más que una introducción destinada a señalar las tendencias del período colonial que iban a influir en la literatura posterior a la independencia. Para un estudio más detallado de la literatura colonial, véase Raimundo Lazo, *Historia de la literatura hispanoamericana. I: 1492-1780*, México, 1965, y L. I. Madrigal, coord., *Historia de la literatura hispanoamericana Tomo I. Época colonial*, Madrid, 1982. Existe también una panorámica general muy bien escrita, la de Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*, México, 1944, y varias reediciones (versión inglesa: *A Cultural History of Spanish America from Conquest to Independence*, Berkeley y Los Ángeles, 1960). También se aconseja el libro de Tzvetan Todorov, *La conquista de América y la cuestión del otro*, México, 1983. Sobre México es recomendable la obra de Irving A. Leonard, *Baroque Times in Old Mexico*, Ann Arbor, 1959, de fina sensibilidad. Sobre el Perú, el tema de la literatura colonial se debate ampliamente en Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana*, 6 vols., Buenos Aires, 1951. Los interesados por la literatura anterior a la conquista pueden consultar cuatro antologías poéticas: J. M. Arguedas, *Poesía quechua*, Buenos Aires, 1966; M. A. Asturias, *Poesía precolombina*, Buenos Aires, 1960; J. Alcina Franch, *Poesía americana precolombina*, Madrid, 1968, y A. M. Garibay, *Historia de la literatura nahuatl*, México, 1979.

## Textos

- Acosta, P. José de, *Obras*. Estudio preliminar y edición del padre Francisco Mateos, Madrid, 1954.
- Bareiro Saguier, R., *Literatura guaraní del Paraguay*, Caracas, 1980.
- Bendezú Aybar, E., *Literatura quechua*, Caracas, 1980.
- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, *Naufragios y comentarios*, 4.ª ed., col. Austral, Buenos Aires, 1957.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, 1960.
- Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, Santiago de Chile, 1956.
- Garcilaso de la Vega, «El Inca», *Comentarios reales*, 6.ª ed., col. Austral, Buenos Aires, 1961.
- Garza, M. de la, *Literatura maya*, Caracas, 1980.
- Juana Inés de la Cruz, Sor, *Obras completas*, 4 vols., México, 1962.
- Las Casas, Bartolomé de, *Tratados*, México, 1966.
- Sabat de Rivers, Georgina, *Inundación castálida*, Madrid, 1982.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Los infortunios de Alonso Ramírez*, en la antología *La novela de México colonial*, de Antonio Castro, 2 vols., México, 1964.

Parte de la poesía del período colonial se incluye en la antología compilada por Marcelino Menéndez y Pelayo, *Antología de poesía hispanoamericana*, Madrid, 1893-1895.

*Estudios históricos y comentarios críticos sobre determinados autores*

- Benítez, Fernando, *Los demonios en el convento. Sexo y religión en la Nueva España*, México, 1985.
- Garibay, A. M., *La literatura de los aztecas*, México, 1964.
- Gerbi, Antonello, *Viejas polémicas sobre el nuevo mundo*, Lima, 1944.
- Hanke, Lewis, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1949.
- Kirkpatrick, F. A., *Los conquistadores españoles*, 7.ª ed., col. Austral, Buenos Aires, 1960.
- León-Portilla, Miguel, *Spears. The Aztec Account of the Conquest of México*, Londres, 1962.
- León Portilla, M., *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, 1977.
- , *El reverso de la conquista*, México, 1970.
- Parry, J. H., *The Spanish Seaborne Empire*, Londres, 1966.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, Barcelona, 1982.
- Peña, M., ed. y prólogo, *Flores de varia poesía*, México, 1980.
- Pfandl, Ludwig, *Sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa de México*, México, 1963.
- Picón Salas, Mariano, *De la conquista a la independencia; tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, 4.ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- Roa Bastos, Augusto, *Las razas condenadas*, Buenos Aires, 1978.
- Vidal, Hernán, *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: Tres lecturas orgánicas*, Minneapolis, 1985.